

Roberto Suazo Gómez

***Matar a los viejos* de Carlos Droguett: erigiendo el tribunal de la historia chilena**

Universidad de Chile

robertosuazogomez@gmail.com

*El 11 de setiembre de 1973 hace un corte en mi vida;
me prohibió muchas cosas y me autorizó otras, como Matar a los viejos.*

Carlos Droguett

La historiografía de la sangre

El golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 y la muerte de Salvador Allende fueron los catalizadores que impulsaron la escritura de *Matar a los viejos*, la última novela de Carlos Droguett publicada póstumamente el año 2001. Escrita durante su exilio en Suiza, la novela representa la categórica respuesta del escritor al último septiembre sangriento de nuestra patria y, al mismo tiempo, una consecuente culminación de su proyecto narrativo. Un proyecto que con toda razón ha sido descrito por la crítica literaria en términos de un rescate, una re-elaboración de la historia soslayada, la cara oculta y dolorosa de la historia de Chile que, para nuestro autor, constituye no sólo una historia alternativa sino que la verdadera historia chilena. En este sentido, nos satisface leer en *Matar a los viejos* el cumplimiento de la promesa que Droguett dejara enunciada al otro extremo de su obra. Hacer historia era, justamente, lo que prometía el escritor hacia 1940 en el texto *Explicación de esta sangre*, verdadera poética esbozada tempranamente en las páginas liminares de su crónica *Los asesinados del Seguro Obrero*: “En las páginas que

siguen hago historia, pero historia de nuestra tierra, de nuestra vida, de nuestros muertos, historia para un tiempo muy grande.” (16).

No debemos olvidar que Droguett gustaba definirse a sí mismo no como un inventor de literatura sino que como un cronista de la realidad, un recopilador y también un historiador. Un historiador del olvido, dirá Soledad Bianchi (28), quien “al contar la historia verdadera se opondrá a otra escritura, la de la historia oficial que se ha dedicado a borrar el dolor, a desconocer el sufrimiento, a diluir y ocultar la sangre que sólo ha mantenido viva la leyenda mediante la palabra hablada”.¹ Ciertamente, para Droguett hechos como el golpe de estado de 1973, la dictadura militar y las violaciones a los derechos humanos no constituían meros tropiezos o accidentes aislados en nuestro “pulcro” itinerario histórico nacional. Muy por el contrario, lejos de la falsa idea de una tradición republicana de estabilidad política e institucional, de la falsa idea de una sociedad cohesionada y ordenada, sobria y mesurada –falsas ideas sobre las que ha insistido el discurso oficial post-dictatorial– Droguett sostuvo, desde un principio, que la sangre y la violencia eran lo más característico en nuestra historia nacional. En sus propias palabras: “Mi obra novelística aparece signada por la sangre y la violencia porque la historia de nuestro país aparece signada por la sangre y la violencia.” (Droguett, *Escrito* 14).

Así también, y en plena consecuencia con sus trabajos anteriores, la última novela de Droguett llevará la impronta de la memoria. No obstante, *Matar a los viejos* articulará una memoria rabiosa, dolida pero implacable, acusadora y en cierto modo profética, que buscará abarcar descarnadamente los mapas de sangre que manchan nuestra historia, precisamente, en momentos en que la muerte se masificaba y mientras los propios autores del crimen institucionalizado procuraban erradicar para siempre la memoria de la sangre, construyendo a su vez una memoria oficial, aséptica y amnésica. Así hablaba el escritor desde el exilio:

¹ En una línea similar, Mauricio Ostria advierte que la escritura de Droguett “reconstruye, artísticamente, los hiatos de la historia, sus silencios u olvidos, aquello que no está documentado o que si lo está ha sido soslayado por la

Desde luego, no puedo, aunque quisiera, soslayar el drama de mi tierra y de mi gente. Como chileno, he sido herido, como padre, he sido pulverizado, me hago cargo, pues, de mis despojos, y, en lo que pueden mis fuerzas, los reconstituyo. (Droguett, “Eloy” 18).

En el marco del proyecto narrativo de Droguett, la reconstitución de estos últimos despojos de la historia chilena vuelve a encender la memoria de despojos más antiguos. Y es que, como señala Mauricio Ostria (“La narrativa” 251) *Matar a los viejos* debe entenderse en el contexto de la obra total de Carlos Droguett,

como una forma particular de lectura interpretativa de la historia de Chile: historia de despojos, de sufrimientos, de soledad, de muertes; historia de sangre derramada que el historiador, el novelista, el poeta está llamado a recoger y a transformar en escritura memoriosa.

Efectivamente, ya en el prólogo de 1940, Droguett había señalado que en lo sucesivo su labor como escritor consistiría, precisamente, en “recoger”, en “contar” la sangre que corre por la historia chilena. No obstante, junto con evitar su olvido, el novelista debía encargarse de transformar esa sangre en memoria viva, útil, provechosa:

Mi tarea no fué otra, no es ahora otra que ésta, publicar una sangre, cierta sangre, derramada, corrida por algunos edificios, por ciertas calles, escondida, después, para secarla, debajo del acto administrativo, del papel del juzgado. Quise hacerla aprovechada. (Los asesinados 10; cursivas en el original).

En *Explicación de esta sangre* Droguett dejó sentadas las bases de su propuesta literaria y, al mismo tiempo, esbozó una particular visión de la historia de Chile que quedaría plasmada en toda su obra. Se trata del reconocimiento de la sangre como fundamento de la historia chilena; un rojo sanguíneo simbólico, sí, pero a la vez concreto, nada más concreto para Droguett, nada más probable, nada más posible ni más palpable que la sangre en nuestra historia. Si bien, dirá el escritor, pese a su insoslayable presencia, la sangre se coagula en nuestra literatura y también en

los gigantescos volúmenes de nuestra historia. Pese a que la historia nuestra sangra con gotas gruesas, esa valiosa sangre se derrocha, se pierde sin remedio:

Cada vez, cada ocasión, cada acontecimiento, existió la mano mala para verter la sangre, pero nunca tuvo existencia la mano terrible para recoger, para contar esa sangre. Abro la historia de nuestro pueblo y me quedan manchadas de sangre las manos, desde la primera hoja araucana. (11).

Desde la primera hoja araucana hasta la dictadura militar de Pinochet. Precisamente, *Matar a los viejos* es el último eslabón –y, en cierto modo, la recapitulación– de la trama histórica nacional que el escritor había comenzado a elaborar durante la década de 1940. La historia de la Conquista y la fundación de Santiago en sus novelas históricas (*Supay el cristiano* y *100 gotas de sangre* y *200 de sudor*), la historia contemporánea plasmada en la crónica y la novela que abordan la masacre del Seguro Obrero de 1938 (*Los asesinados del Seguro Obrero* y *60 muertos en la escalera*), pero también la historia marginal o periférica de los barrios pobres y los sacrificios cotidianos, aquellas vidas que están muy lejos de figurar en el islo de los archivos documentales, la historia no escrita centrada en la vida de personajes no-documentados (*Patas de perro*, *El compadre*, *El hombre que había olvidado*), o bien situados en los bordes de los documentos (*Eloy*, *Todas esas muertes*). Por supuesto, la Conquista, la masacre del Seguro Obrero, el Frente Popular, la Unidad Popular y el golpe de Estado de 1973 constituyen los hitos históricos más visibles en la novelística de Carlos Droguett. Ríos de tinta se han hecho correr a propósito de estos temas, tinta historiográfica, tinta periodística, tinta testimonial, tinta literaria. Sin embargo, para Droguett constituyen verdaderos hallazgos; para él son temas, en realidad, nunca antes tocados:

[...] dirigía mi mirada e insertaba mi pluma en temas de hecho intocados, la Matanza del Seguro Obrero, por ejemplo, y en el pasado, el descubrimiento y saqueo de América, yo no inventaba la sangre, la injusticia, la muerte, la tortura, ahí estaban, intocadas. (Droguett, “Eloy” 17).

Desde luego que el novelista no desconoció el tratamiento histórico dado a esos temas; por lo demás, en la producción de las obras mencionadas intervino también un trabajo documental no menos riguroso que el desarrollado en el taller del historiador.² No obstante, desde su perspectiva, en su re-articulación literaria los hechos de nuestra historia podían alcanzar una representación descarnada y, sobre todo, *realista*³, justamente, el tipo de representación que, en opinión de Droguett, las narrativas historiográficas y también las literarias no habían sido capaces de procurarles, dejando toda la sangre intacta, intocada, susurrando apenas entrelíneas:

[...] tenemos una historia apasionante que los escritores no han sabido explotar [...] nuestra historia es riquísima en sugerencias y materiales para un novelista. Quedarse en la geografía de Chile es una frivolidad. (Avaria 21).

El reproche a nuestros escritores es, como ya se ha dicho, por partida doble.⁴ A los escritores de literatura Droguett les reprochará su criollismo anquilosado, folclórico, anecdótico, superficial, colmado de espacios toponímicos y tipos rurales idealizados, vacíos, sin espesor, sin sangre.⁵ Por su parte, a los historiadores nacionales les reprochará igualmente su superficialidad. En este sentido, no se equivoca Soledad Bianchi al enfatizar que el reproche droguettiano va dirigido a ese tipo de historiografía de corte oficial. Historia que, por lo demás, se denomina oficial pues sus fuentes son oficiales; a través de ellas hablan unos pocos privilegiados a fuerza

² Como señala Soledad Bianchi (27): “Droguett intenta no cambiar los hechos, no quiere inventar sino re-construir, recoger, hacer perdurar, y la única manera de lograrlo es revivir en sí mismo la rabia, el impacto de la injusticia, del dolor, del sufrimiento.”

³ Droguett no sólo definirá su propia obra literaria como realista. Además, sostendrá que el realismo es (debe ser) la tarea del arte, de todo el arte, porque el arte no puede sino ser realista: “Alguien [...] me preguntó que cómo definía yo mi literatura, y si quería ser yo sincero –y si no soy sincero no quiero ser escritor–, contesté que creía que mi literatura era realista y mientras más fantástica, más realista era y que creía también que todo arte lo es, que no existe sino el arte realista.” (*Materiales* 33).

⁴ Como señala Mauricio Ostria (“Carlos” 56), para Droguett “la misión de recoger la sangre chilena está incumplida. Ni los historiadores, ni los novelistas han realizado esa tarea”.

⁵ Así acusa Droguett a sus colegas literatos en su prólogo de 1940: “[...] han mirado hacia el campo de nosotros, pero sólo han visto la cueca, pero no la sangre que corría del tacón de la cueca, han visto el vino, pero no la sangre que corría del borracho y que parecía que era vino, han visto al patrón enamorando a la chinita, aun le han ayudado a enamorarla, pero no han mirado siquiera la sangre del aborto, han visto los rodeos de los animales chúcaros, aun les han hecho su rondel patriótico para mirarlos mejor, pero no han visto la doma y el rodeo del trabajador de nuestros campos” (13-14).

de silenciar y borrar otras voces. De ahí que Droguett se proponga plasmar una realidad que, a su juicio, no ha sido escrita:

[...] la realidad no escrita, desgraciadamente no escrita, no pintada, no musicalizada, no reflexionada, no sufrida [...] la realidad que pasa por allá afuera, afuera de nuestras celdas monacales o policiales, de nuestras torturas, la de nuestra alma atormentada por nosotros mismos, la de nuestros cuerpos atormentados por otros, la realidad que pasa por ahí afuera en estos momentos o que pasará esta noche o mañana, cuando baje el viento de los cerros. (Droguett, “Realidad” 5).

Por lo demás, la superficialidad que el escritor advierte en las representaciones de la realidad chilena entronca con una alarmante falta de compromiso para con esa realidad. En este sentido, no parece casual que Droguett enjuicie, en un mismo movimiento, tanto a la literatura criollista como a la historiografía oficial. No sólo ambas modalidades representativas soslayan las realidades marginales, el profuso relato de los sin historia, sino que, al sustentarse en concepciones idealizadas –estáticas y, por ende, esterilizadas– de lo nacional, no pueden sino ofrecer una imagen objetivada y muerta de una realidad social que, en la práctica cotidiana, se presenta mucho más conflictiva y desgarrada. Y es que si por una parte la literatura criollista, anquilosada en “preferencias folklóricas inesenciales y asociales” (Promis 120), descuidaba los problemas reales de la gran mayoría social excluida, la historia oficial, como diría Gabriel Salazar (“Ciudadanía” 3), se hacía

letra y polvo en los archivos estatales, en cuyos vericuetos, enredada con esa pálida muchedumbre burocrática de copistas, archivistas, catalogadores, conservadores, paleógrafos, etc., **pareció olvidar la sangre y la furia de la historicidad viva** (subrayado nuestro, R.S.G.).⁶

⁶ Podría decirse, de hecho, que tanto la historiografía oficial como la literatura criollista articulan representaciones de la nación construidas sobre la base de una concepción de “pueblo” que el historiador Gabriel Salazar ha denominado monista. Según Salazar, la idea matriz detrás de esta visión “es que el sujeto central de la historia de Chile es una identidad socio-espiritual congregada por la existencia de un sentimiento de homogeneización interna: el de patria. Este sujeto es, pues, una entidad única e indivisa, que porta en sí misma la historicidad nacional” (*Labradores* 11). De acuerdo con el historiador, en la historiografía conservadora-oficial el término nación alude a un proceso histórico pasado, concluido en el presente sobre el que se sustenta un sentimiento común de identidad; el rol histórico que cabe al “pueblo chileno” no es otro que el de realizar las ideas nacionales de configuración, “el estado en forma”, “la jerarquía social adecuada, la moral republicana ideal”. Frente a lo anterior, Salazar postulará otra visión de

Por el contrario, al sostener que su escritura constituye un esfuerzo por “historiar la sangre”, al decir que la sangre es sinónimo de realidad y de historia, nos parece que Droguett está señalando también la función que, a su juicio, le corresponde desempeñar a la literatura. Esto es: introducirse de lleno en la batalla por la memoria, entendida como espacio de disputa por la producción de significados para nuestro pasado, pero también por la construcción de alternativas de futuro. De ahí la constante defensa que realiza Droguett de una literatura comprometida con la realidad⁷ y extraída directamente de la vida: “la literatura que es expresión de la vida y no fuga de la vida” (*Sobre* 33). Más aún, para Droguett la verdadera literatura es aquella que se muestra capaz de tomar por asalto la realidad y subvertirla:

[...] el escritor se transforma en bomba, porque para mí la palabra es una explosión. Para mí si los gorilas matan a los escritores o queman sus libros están procediendo de acuerdo a su sicología de gorilas, porque un libro es en realidad un arma peligrosa. (Droguett, *Sobre* 59-60).

Por supuesto, los libros serán armas que explotan sólo en la medida en que se hagan cargo de la realidad, de reflejar la realidad, pero también de producir realidad. De hecho, al referirse a su trabajo literario durante los primeros años de la dictadura, Droguett sostendrá que el propósito de su escritura debía ser triple: “reflejar lo que hemos vivido, lo que no alcanzamos a vivir y lo que probablemente vivamos si nosotros logramos formar nuestra vida” (*Sobre* 33). En este sentido, muy lejos de elaborar una imagen cosificada de la historia y la realidad chilena, nos parece que la literatura de Droguett pretende ofrecerse a sí misma como maestra de vida y maestra de memoria: no sólo memoria de lo que fue, la verdad objetiva, el dato pasado que ya nada habrá de modificar, sino que también la memoria de aquello que no fue y que podría haber

pueblo que no se reconoce en la homogeneización del espíritu identitario nacional sino que se afirma desde el desgarramiento histórico de nuestra sociedad y en el drama que se vive al interior de la nación. Asimismo, esta concepción de pueblo es esencialmente dinámica: “[...] sugiere de inmediato un colectivo social de cara al futuro, lleno de un caudal histórico vivo, y con el potencial necesario para transformar específicamente las situaciones dadas, o heredadas del pasado.” (13).

⁷ “Creo profundamente que sólo hay literatura comprometida”, señalaba Droguett en una entrevista para un periódico. Y agregaba luego: “Para tipos como yo escribió Leon Bloy estas palabras memorables: ‘Si los que recibieron la investidura de la palabra se callan, ¿quién hablará por los mudos, por los oprimidos y los débiles? El escritor que no escribe por la justicia es un despojador de los débiles, un ladrón.’” (*Escrito* 14).

sido. Memoria, entonces, no sólo en función de lo que es, sino que también en función de lo que debiese ser.

Como veremos a continuación, la escritura memoriosa de *Matar a los viejos* se presenta como un irrepudiable insumo para potenciar aquello que Gabriel Salazar denomina una memoria social viva; memoria que, como un gerundio, integra dinámicamente pasado y presente en proyección de futuro. De hecho, advertimos varios puntos de intersección entre el ideario que sostiene el proyecto narrativo de Droguett y la corriente historiográfica representada por Salazar, la Nueva Historia Social, la cual se afirma, precisamente, como el correlato de las vivencias de una cultura social viva y de su memoria social viva. De acuerdo con Salazar (ver “Ciudadanía” 4), en contraste con la historiografía conservadora-oficial, que se ha mantenido irremediabilmente lejos de la cambiante pero intensamente “viva” memoria social, la Nueva Historia Social se caracterizará por no renunciar al presente; muy por el contrario, lo reivindica como plexo fundamental de la temporalidad. Justamente, dirá el historiador, la memoria social, a diferencia de la memoria oficial que cifra su criterio de verdad en la mostración de sus “datos”, está poblada de los “recuerdos” de los sujetos sociales de carne y hueso. Los sujetos activos que recuerdan que la vida puede ser otra. Los actores vivientes de la “baja sociedad civil”, la ciudadanía soberana, dirá Salazar. Los jóvenes, dirá Droguett.

Jóvenes y viejos: la guerra de las memorias

Según afirma el narrador testigo de *Matar a los viejos*, el anónimo visitante se habría presentado un día domingo a media mañana en la ciudad, sin más acompañantes y sin maletas, sin ruido y sin mayor apasionamiento. Sus pasos comenzaron a resonar en el contorno recién cuando penetró en el mismísimo palacio de gobierno y comenzó a subir por las escaleras. Curiosamente, su irrupción en La Moneda fue percibida por todos como algo natural, como si el viejo solio presidencial lo hubiese estado aguardando desde siempre, como si no pudiera ser de otra manera. Por eso, cuando entraba al palacio fue “como si hubiera entrado también en nuestra casa, en la

iglesia, en el almacén, en la lechería, en la carnicería, en el juzgado, en la cárcel, en el asilo, en todas las casas, en cada una de las casas” (Droguett, *Matar* 27). Y, por supuesto, a nadie en la ciudad se le pasó por la cabeza cuestionar la legitimidad del poder que el innominado personaje comenzó a ejercer entonces. Nadie objetó su proceder aun cuando él empujó la ventana de palacio y echó a volar al viento los primeros papeles que señalaban escuetamente lo que estaba por ocurrir. El estampido de los papeles no se detuvo hasta que cada uno de sus destinatarios tuvo cogido su respectivo mensaje entre sus manos. Y lo que estaba escrito en esos papeles no era otra cosa que su firme determinación. Él había determinado matar a todos los viejos.

A partir de entonces, acatando el dictamen de aquél que había puesto su residencia (aparentemente definitiva) en La Moneda, los viejos comenzarían a congregarse en el Parque Forestal aledaño al río Mapocho; ocasionalmente, se les verá aparecer enmascarados procurando inútilmente encubrir sus facciones para así eludir su condena. No obstante, inexorablemente, serán devorados por los incendios que se propagan por la ciudad o bien, cuando menos se lo esperen, los abordará una misteriosa camioneta que los conducirá hasta los cantiles del río en donde serán fusilados. Por último, sus cuerpos se precipitarán al torrente en tanto que los rastros de su sangre servirán de alimento a los perros vagos. Y este movimiento cadencioso y solemne, que es la única rutina viable por aquellos días en que “se secaron los diarios”, se repetirá en la ciudad hasta la exterminación total de los viejos. Pero, ¿a qué se debe este ensañamiento en contra de los viejos? ¿De qué crimen se les acusa? Precisamente, del crimen de ser viejos.

Dicho muy sumariamente, esto es lo que nos relata *Matar a los viejos*. De entrada, valga indicar que los viejos a los que se refiere la novela no son necesariamente los ciudadanos que cuentan más años o atraviesan por una edad senil. En realidad, como señala el doctor Alfredo, uno de los condenados, un viejo

es un tipo que se ha estado gastando inútilmente por adentro y por fuera todo el tiempo, desde la inocente niñez, seguramente desde la desorientada adolescencia, respirando porquerías y porquerías que corroen fatalmente la carne, la sangre, los humores, el sueño, el sueño también se pudre, también se pudren las ilusiones, sobre todo las que no eran tuyas y que tú mataste” (Droguett, *Matar* 78).

Y por cierto que, para Droguett, la historia chilena abunda en viejos. Los viejos de nuestra historia son, como observa Mauricio Ostria (“Carlos” 60), “los conquistadores, los gobernantes injustos, los jueces inicuos, los que reprimieron o esquilmaron al pueblo, los torturadores, los violadores, los asesinos, de antes y de ahora”.

En efecto, podría decirse que el viejo representa a aquel individuo o grupo que, en sus múltiples encarnaciones históricas, ha desbaratado injustamente todo proyecto tendiente a la formación de una conciencia igualitaria, negando la validez y coartando el libre despliegue de la existencialidad histórica, real y concreta de los sujetos oprimidos. De ahí que observemos en el viejo la personificación de una fuerza histórica negativa y castradora. En definitiva, el viejo es, para Droguett, aquella patología de la historia, su arteriosclerosis y su anquilosamiento, cuyo principal síntoma es justamente el miedo a la historia, el pavor frente a la realidad temporal y cambiante de las sociedades:

[...] los viejos deben morir siempre, como la peor enfermedad, como la peste negra y la misma muerte, los viejos son algo antinatural inventado por el mundo para defenderse y no perecer y no ser cambiado y transformado, los viejos son la coraza y la corona que el mundo pone en todas partes y en todo tiempo, de ahí el respeto, los honores, las preeminencias, las dignidades, las academias, los confortables sillones, las confortables parálisis. (Droguett, *Matar* 416).

Los numerosos viejos que irán reuniéndose en las inmediaciones del río no ignoran que la vejez es criminal. Ellos conocen perfectamente el pecado histórico del que son herederos y que ha determinado su condena. Como dice Max a su esposa Raquel:

Nosotros los viejos, somos los culpables de todo lo que aquí se ha sufrido y soportado, de todas las hambres y todas las tuberculosis, por eso es comprensible lo que está ocurriendo, los viejos que estamos vivos, tenemos que pagar las deudas de los viejos que ya están muertos, de los viejos que hicieron la guerra contra los cholos y la guerra contra Balmaceda y la guerra contra las huelgas y la guerra contra los conventillos, en Iquique, en Valparaíso, en Concepción, en Magallanes, y aquí en la ciudad acuérdate Raca [...] (155-156).

En la novela de Droguett la muerte de los viejos viene a saldar una prolongada deuda histórica. Se trata de una deuda pendiente con los jóvenes que, en *Matar a los viejos*, encarnan las fuerzas históricas de renovación y cambio que han sido recurrentemente coartadas a lo largo de la historia chilena.⁸ Por supuesto, los jóvenes son los pobres, los marginados, la gran mayoría excluida o, para utilizar la acertadísima expresión del historiador Gabriel Salazar, *los ciudadanos rasos de carne y hueso* que han visto frustrarse sistemáticamente el desarrollo pleno de su historicidad en el marco de un proyecto histórico de constitución nacional que debiese tender a la humanización permanente y la integración solidaria de todos los agentes de nuestra sociedad. En definitiva, los jóvenes de *Matar a los viejos* son aquellos que han debido sufrir el drama histórico chileno, una historia que en la narrativa de Droguett aparece manchada con sangre en cada rebelión, cada huelga, cada matanza, cada frustrada tentativa de ejercer verdadera soberanía popular. A través del repaso de las culpas que pesan sobre los viejos, en las páginas de la última novela de Carlos Droguett asistiremos a un completo recorrido por la historia chilena marcada por el sacrificio constante de los jóvenes, aquella historia que Jaime Concha leía como una sucesión de derrotas, en una dinámica perpetua de promesa y frustración, que se arrastra desde los tiempos de La Conquista: “Desde la Conquista hasta los hechos del Seguro Obrero, pasando por la lucha de Balmaceda [...], toda la historia nacional no es sino un proceso de sufrimiento colectivo.” (Concha 137).

Desde los orígenes de nuestra nacionalidad se arrastra el sufrimiento. También desde entonces, dirá Droguett, se arrastra la culpa y la deuda histórica de los viejos. Desde los tiempos de la Conquista y la Colonia, desde que el joven Lautaro “inventó el recuerdo y con él armó urgentemente la primera rebelión, cuando era esclavo del viejo” (Droguett, *Matar* 141). Así

⁸ Similar a aquella empedernida fuerza histórica de la vida que, como dirá el historiador Gabriel Salazar, encarnaran las juventudes arielistas latinoamericanas: “Hacia 1920 los jóvenes de América Latina se asimilaban a la figura mítica de Ariel (la eterna juventud, la luz alegre que ilumina el futuro y marca los rumbos de la historia), y se contrastaban con la figura de Calibán (la vejez cultural de los países, que llena todo de sombras arrastradas del pasado). Los jóvenes de 1960 y 1970 siguieron en la ruta abierta por los que les precedieron, pero hallaron ante sí un Calibán cambiado: no era ya la cansina y oscura presencia [...] de ‘la tradición’ y ‘lo obsoleto’, sino la monstruosidad viviente de las fibras más repelentes del ser humano.” (Vásquez 20).

también, desde los comienzos de nuestra historia republicana estuvieron los viejos y estuvo la injusticia. Desde que Bernardo O'Higgins, "el rollizo y rubicundo O'Higgins se sentó para siempre en el escritorio, después de haber estado de pie en Rancagua, de pie en Chacabuco, de pie herido en Maipú" (238). Y desde la mismísima construcción del Estado chileno a manos de Diego Portales

el putañero, el mercanchifle, el dueño del tabaco y de los naipes [...] aquel ministro de ministros que genialmente cínico precursoraba el fascismo en una carta a su amigo fechada en 1834: *De mí sé decirle que con ley o sin ella, esa señora que llaman Constitución hay que violarla cuando las circunstancias son extremas ...* (327).

Por supuesto, el texto constitucional de 1833 aparece ya salpicado de sangre. Y es que, como nos recuerda Gabriel Salazar (ver *Construcción*), tras la batalla de Lircay, mediante un golpe de fuerza y a espaldas de la soberanía ciudadana, "los viejos" Portales y Prieto procrearon el orden político que, se dice, debiese enorgullecer a todos los chilenos. Sin embargo, suele omitirse que el denominado orden portaliano fue establecido en el contexto de una dictadura tan brutal como la de Pinochet. Con esto se inauguraba, asimismo, la permanente marginación de la ciudadanía en el proceso constituyente del Estado de Chile. Y es que el orden portaliano, dirá Salazar, ha vuelto a renacer una y otra vez bajo similares circunstancias; el régimen actual, sustentado en una Constitución política autoritaria heredada de los militares (la Constitución de 1980), es tan sólo el último de sus avatares. De ahí que, con gran perspicacia, Salazar haya bautizado al orden portaliano como "el Dorian Gray de la patria". Se trata de un sistema que, parecido a los viejos de la novela de Drogue, ha procurado evadir el juicio histórico ocultando en las sombras el retrato de su propia decrepitud. Precisamente, según nos dice el historiador, uno de los métodos empleados para justificar, blanquear y embellecer un sistema erigido –y periódicamente rejuvenecido– a sangre y fuego por poderes fácticos, ha sido la creación de un discurso de legitimación a posteriori: su propia historia oficial.

La “construcción de Estado en Chile” ha sido [...] un proceso en el que los ‘poderes fácticos’ han avasallado a la ciudadanía. Lo que implica avasallar la legitimidad –como valor incorporado al sistema por la acción constructiva de la sociedad civil e imponer, a posteriori, tras la obra gruesa consumada, un sustituto. Un discurso justificatorio. Una arenga aclaratoria. Una “historia oficial”. Algo, en suma, que deje la idea de que, “en el principio, era el orden institucional”. (Salazar, *Estado* 16).

Podría decirse que en *Matar a los viejos* asistimos al desenmascaramiento del Dorian Gray criollo. Justamente, los viejos se lamentarán pues, a la larga, no acabaron de cumplirse “los planes de sangre, fuego y azufre, como fueron escritos, dictados y formulados por Diego Portales” (327). Tales planes, dirán los viejos, contemplaban:

[...] borrar y suprimir en la matriz, degollar como Herodes en la cuna, en la canasta y en la caca verde nilo esta cizaña y esta parálisis progresiva y progresista en forma de quejas, pliego de peticiones, parcelas, sementeras, derechos humanos, desechos humanos, huelgas vestidas de luto que vienen desfilando desde el pasado siglo, esos cementerios que escriben y deletrean ellos con sus letras deletéreas y que se llaman, dicen que se llaman, dicen que se llamaron, gritan que siguen llamándose, Escuela Santa María de Iquique, La Coruña, San Gregorio, Lago Buenos Aires, Magallanes, Valparaíso, Ranquil, Seguro Obrero, 11 de setiembre [...] (*Matar* 327).

Lo mismo que Salazar, Droguett advierte que nuestro Dorian Gray es un sistema social construido (y reconstruido) a sangre y fuego. Al mismo tiempo, su escritura memoriosa se enfrenta con lo que el historiador ha denominado la función perversa de la memoria oficial; memoria que, exudada por el sistema mismo para defender su imagen pública, su impostado rostro juvenil, procura borrar “el pecado de su origen” y arrollar las sensaciones de malestar y los recuerdos sociales que hayan quedado respecto a su ilegitimidad fundacional.⁹ Droguett, por el

⁹ Según afirma Salazar, “la memoria oficial comienza a convertirse en una función perversa que contamina todas las dimensiones de la vida pública y a menudo de la privada: la política, la intercomunicación masiva, la educación, la legislación, la justicia, la cultura, la convivencia, etc., ante lo cual, por oposición natural, la memoria social asume, en parte o en totalidad, la función virtuosa de traer hacia la historia procesos cívicos de refresco. De legitimación saneada.” (“Rol perverso” 4).

contrario, afirmará que ya en la matriz de nuestra existencia histórica nacional resulta posible advertir el anhelo de la vejez de immortalizarse en la historia. Como Herodes, quien, con la previsión del que teme, tomó el camino de abortar al mesías desde la cuna, los viejos de nuestra historia patria habrían tomado siempre la precaución de deshacerse del problema antes de que este advenga: el problema era la novedad. La juventud, en definitiva. Por eso mismo, para aplacar las fuerzas siempre emergentes, siempre centrífugas, de la juventud, los viejos de la historia chilena periódicamente han debido hacer uso de la fuerza y, muy a menudo, han debido repetir la misma orden: la orden de matar. De ahí que la dialéctica vejez/juventud que observamos en la última novela de Droguett nos traiga a colación “la voluntad política de matar” que, en su despliegue a través de la historia chilena, Gabriel Salazar descubre indisolublemente atada a “la voluntad social de recordar”.

En efecto, se diría que ser joven es para Droguett responder a esa voluntad social que se renueva constantemente. Precisamente, lo mismo que Herodes ante la noticia del nacimiento del mesías, los viejos temen a la juventud porque no se la puede matar. Y no se la puede matar porque, al contrario de la vejez que es puro olvido, la juventud recuerda siempre: “ [...] recordemos mucho –nos decía el narrador de *Los asesinados del Seguro Obrero* (20)– recordemos mucho, demasiado, rabiosamente, antes de olvidar un poco”. Lo más cierto es que, frente a la parálisis histórica que los viejos patrocinan valiéndose de la fuerza, la juventud se debe enteramente al recuerdo pues es en el recuerdo donde radica su poder. Y en esto Droguett vuelve a coincidir con la visión de la historia chilena que propone Gabriel Salazar:

El “poder” es una categoría de la asociatividad humana. La fuerza, una categoría o instrumento del sistema. El poder tiene una relación orgánica y positiva con la recordación. La fuerza no tiene memoria (se define como puro presente, por su temor al poder de la sociedad civil), por donde se relaciona de modo orgánico y positivo con la amnesia y el olvido. La fuerza puede derrotar, en los *hechos* puntuales (por lo común, de carácter político-militar) al poder, pero éste derrota siempre a la fuerza en los *procesos* de mediana o larga duración (por lo común, de carácter sociocultural). **El poder se reconstituye recordando los hechos**

de sus derrotas, pero se despliega en procesos victoriosos con el arma de largo alcance de su memoria.

(Salazar, “Voluntad” 294; el subrayado es nuestro, R.S.G.).

Matar a los viejos, ya lo hemos dicho, es un recuerdo furioso y sobreabundante que reconstituye y nos remite a cada una de las derrotas históricas de los jóvenes en manos de los viejos. Al poner el dedo en la llaga, al señalar febrilmente la injusticia, al recordar furiosamente cada episodio sangriento y condenar a aquellos que determinaron el derramamiento de la sangre, Droguett está también subrayando que, desde un principio, nuestra sociedad ha estado articulada sobre conflictos todavía no resueltos. De esta manera, su escritura memoriosa contribuye a iluminar la “inercia histórica” sobre la que se ha montado el tinglado monumental y aparentemente muy sólido en el que representa su trama la memoria oficial chilena. Contribuye, por tanto, a descorrer el tupido velo que oculta el verdadero rostro de nuestro Dorian Gray, dejando ver, de paso, el “fragor” y la “gran polvareda” que se levantó cuando el sistema fue impuesto y que volvió a reflotar en cada una de sus violentas reencarnaciones históricas. De acuerdo a Salazar, aquella gran polvareda pervive siempre rodeando al ordenamiento ilegítimo, ensuciando su blancura, amenazando con revelar su retrato verdaderamente histórico. Asimismo, dirá el historiador, la inercia que rodea al sistema:

[...] no está constituida, ni por balas, ni por leyes, sino por dolores viejos, injusticias sin olvido, cicatrices políticas que no se borran, causas justas que no mueren, impotencias frente al “orden”, eclipses de futuro, rabias sordas, rezongos culturales, identidades al margen, energía social empozada, etc [...] (Salazar, “Rol perverso” 2).

Para Salazar la amargura de la historia resulta ser el fermento de la memoria social; ella constituye, por su parte, un poder cultural siempre disponible. Un poder de muy largo aliento que prolonga los conflictos más allá de sus desenlaces político-militares, dejando abierta la puerta para que los derrotados del pasado puedan ser redimidos:

La inercia histórica de un sistema construido a sangre y fuego se convierte, con el tiempo, en el principal enemigo de los vencedores. Y viene a dar con ellos una segunda guerra. No caliente, por cierto, sino tibia. No con balas, sino con recuerdos. (Salazar, “Rol perverso” 2).

Tal es, según el historiador, la guerra de las memorias. Una guerra que en nuestro país se estaría produciendo en estos precisos instantes. Justamente, se trata de la guerra por la legitimación o deslegitimación tardía del sistema social impuesto por la dictadura pinochetista. De un lado, la rígida memoria oficial, introyectada a la sociedad por los administradores del orden heredado, quienes también se benefician de este, tendente a la aniquilación sistemática de la inercia histórica. Del otro, la palabra de los ciudadanos, la memoria social que es elástica, fluyente, capaz de desplegar el potencial de acción de la gran mayoría marginada hacia la reconstrucción histórica de un sistema social cívicamente legitimado.

Ciertamente, la recordación droguettiana no encalla tan sólo en lo que Salazar (“*Voluntad*” 294) llamaría “un puro acto cordial” o “una estéril revivencia contemplativa y estética del pasado”. Ella toma un claro partido en la guerra de las memorias y, en consecuencia, apunta a la acción creadora de nueva realidad. Como veremos enseguida, incluso en esta última novela, que constituye un cierre literario-escatológico de la trama histórica chilena, Droguett nos invitará a construir realidad desde el recuerdo, pues el recuerdo es el germen de la acción. Y es que, como dice a los jóvenes el querido Pablo, el personaje inmortal que atraviesa las páginas de *Matar a los viejos* (139): “el recuerdo abonado con las lágrimas, el recuerdo humedecido con la sangre, el recuerdo picaneado por la infamia y las injusticias es la única arma legítima del desamparado, acuérdate y ya te estás rebelando”.

De la suprema justicia al Tribunal de la Historia

En la última novela de Carlos Droguett la guerra de exterminio de lo nuevo contra lo viejo debe ser entendida como la verdadera fuerza motriz de la historia. Desde una perspectiva social

concreta, el escritor observa la historia como una querrela entre lo viejo y lo nuevo, el nacido y el que da la vida, un diálogo que, en su deformación criminal, la vejez tiende a interrumpir y monopolizar. Sin embargo, no debemos perder de vista que en esta novela el dictamen de matar a los viejos supone también, como diría Mauricio Ostría, un acto de suprema justicia. Se trata, por lo demás, de un acto cuyo cumplimiento nos remite a una temporalidad difusa en el marco de un futuro escatológico. De hecho, no sería disparatado atribuirle a *Matar a los viejos* el carácter de relato apocalíptico. Ciertamente al recorrer las páginas de la novela se tiene la sensación de que la linealidad del tiempo ha quedado interrumpida. Nos instalamos, de hecho, en la simultaneidad de una visión totalizadora de la historia chilena: un más allá de la historia.¹⁰

Mauricio Ostría (“Carlos” 65) ha advertido acertadamente que “una dialéctica de lo atemporal y lo histórico opera como principio estructurante de la cosmovisión droguettiana”. A partir de este principio, los hechos de la historia chilena pueden ser interpretados *figuralmente* en su relación contrapuntística con el desarrollo atemporal de la historia de la salvación cristiana, el gran drama del pecado y la promesa de una futura redención. En efecto, visto desde la perspectiva de la hermenéutica cristiana-figural de la historia,¹¹ el acto conclusivo y justiciero que nos presenta *Matar a los viejos* habría venido anunciándose en cada acaecer terrenal de la historia chilena recogida por Carlos Droguett. Así, cada sacrificio de nuestra historia no sólo anticipaba los hechos de sangre situados en el futuro dentro de la secuencia histórico-cronológica (piénsese, por ejemplo, en “el suicidio asesinado” del presidente Balmaceda en septiembre de 1891 y “el suicidio asesinado” del presidente Allende en septiembre de 1973). Además de esto, todos los acontecimientos que comprende la trama histórica droguettiana, se referirían, para

¹⁰ De ahí que, en varias ocasiones, el narrador testigo de *Matar a los viejos* nos ponga al corriente de una abrupta interrupción de la cronicidad, a partir del momento en que el visitante entró a La Moneda y los diarios se secaron: “Pero si quiero que me entiendan un poco, no debo ir colocando los acontecimientos unos encima de otros, como si hubieran ido descendiendo sucesivamente y sin interrupción día a día, semana a semana, cuando todos sabemos y la tierra inmemorial que tapa nuestras caras y nuestras manos también lo saben, que hubo un tiempo, un gran tiempo, un malvado tiempo en que no ocurrió nada en la ciudad, aquí en la profunda hondonada donde hace siempre frío.” (26).

¹¹ En la definición que nos entrega Erich Auerbach en su ensayo *Figura* (99): “La interpretación figural establece una relación entre dos acontecimientos o personas, por la cual uno de ellos no sólo tiene su significación propia, sino que apunta también a otro, y éste, por su parte, asume en sí a aquel y lo consume.”

decirlo con palabras de Erich Auerbach (*Mimesis* 185), “por medio de una multitud de conexiones verticales, al plan de salvación de la Providencia”. De esta manera, *Matar a los viejos* parece situarnos en “la meta de la historia de la salvación [...] la comunidad de elegidos en la contemplación, ya sin velo, de Dios”; una meta que, sin embargo, “no es tan sólo esperanza segura para el futuro, sino que se halla cumplida en Dios desde siempre, y prefigurada en cuanto a los hombres de la misma manera que Cristo se halla prefigurado en Adán” (Auerbach, *Mimesis* 185).

Siguiendo esta lógica, podría decirse que, en su carácter sempiterno, fuera del tiempo y en todo tiempo, este supremo juicio o juicio definitivo, entendido como el acto consumatorio del plan divino, habría estado ya referido en el comienzo de los tiempos humanos. Por supuesto, también habría estado referido en los principios de los tiempos chilenos y latinoamericanos, y podemos rastrearlo en las primeras páginas manchadas con sangre de nuestra historia que Droguett reelabora en sus novelas de la Conquista. Por lo demás, el propio escritor se encarga de aclararnos que el signo de esa sangre génesica de nuestra historia, la llegada del español y su asesinato fundante del nuevo mundo, puede leerse a la par de la destrucción dejada por las dictaduras latinoamericanas y el neocolonialismo estadounidense. Desde esta perspectiva, la muerte y la rapiña de la Conquista es interpretada figuralmente como el anuncio del drama histórico que ha afectado a la mayoría de los países del continente en los tiempos contemporáneos.

En otras palabras, es igual, y además consecuente, señalar lo que dejaron a su paso por el mundo descubierto por Cristóbal Colón los conquistadores españoles que lo que han dejado estos tristes años los milicos en México, Venezuela, Brasil, Guatemala, Perú, Bolivia, Argentina, Paraguay, Chile. Como usted ve, no he cambiado de tema, de ruta, de destino. (Droguett, “Eloy” 18).

Como puede desprenderse de estas palabras, para Droguett ambos momentos históricos, la Conquista y las dictaduras militares latinoamericanas, pese a encontrarse distanciados por cientos y cientos de páginas en los volúmenes de nuestra historia, se revelan interconectados como

verdaderos *kairos*¹², instantes plenos de sentido, dotados de una importancia intemporal, en la medida en que prometen una futura aclaración/redención hacia la desembocadura de la historia. Por supuesto, ya hemos dicho que derrotas y sufrimientos, el dolor y la constante acumulación de dolor se presentan como dato fundamental de la historia chilena en la escritura de Droguett.¹³ Y, ciertamente, en su obra la historia chilena puede ser interpretada como “historia de malaventuras”, una sucesión escalonada de maldad, calamidades y sufrimientos sin cuento, una historia que, recogiendo una expresión judía, podemos leer como los dolores de parto del mesías.¹⁴

De ahí que, en una primera aproximación, el visitante que irrumpe al palacio de la Moneda puede ser visto como aquel que viene a ejercer la suprema justicia y a vengar la sangre de la historia chilena. A nuestro juicio, este personaje innominado puede asociarse a la figura del “Kyrios Christos” (el Señor), título cultural que, según nos dice el filósofo Ernst Bloch (cit. en Borghello 75), es “semejante al emperador y adorado en el culto divino”. De acuerdo con Bloch¹⁵, tal era el título que antiguamente designaba al dios de los señores del mundo, aquellos

¹² De esta manera, la conclusión de la obra droguettiana se nos revela en completa sintonía con el sentido cristiano-figural de la temporalidad, sentido del que participaría la historia de los hombres, concebido como una serie de *kairos* en relación a un final, un *pleroma* o totalidad consumada. Como afirma Frank Kermode (47-48): “La noción de cumplimiento es esencial; el *kairos* transforma el tiempo, convalida tipos y profecías del Antiguo Testamento, y establece concordancia entre principios y finales.”

¹³ Nos parece que el sentido histórico insito en la obra narrativa de Droguett ha quedado ilustrado espléndidamente por Jaime Concha tras rescatar el versículo de San Mateo que cierra, al tiempo que deja abierta, la novela *El Compadre*: “Y todas estas cosas, principios de dolores.” Acerca del versículo nos comenta Concha (138): “La verdad literal -histórica- de este *dictum* evangélico es sencillamente ésta: que para eliminar el dolor, para crear en el futuro un mundo sin dolor, hay que pasar por el crecimiento y la acumulación del dolor.”

¹⁴ En más de una ocasión, Droguett se refirió al influjo de la figura de Cristo en su escritura. Un buen ejemplo lo hallamos en *Antigüedades romanas*, una de sus cartas de viaje, donde afirma: “Los que me conocen, y no de oídas, saben o deben saber, que si hay un tema, un tema único, un *leit motiv* en todo lo que he escrito, es la figura de Cristo” (*Materiales* 81). Asimismo, basándose en el estudio de Erich Auerbach sobre la exégesis figural, Mauricio Ostria ha advertido que los personajes droguettianos pueden ser entendidos “como figuras que consuman o prolongan la realidad de Cristo y, al mismo tiempo [...] ver en Cristo una prefiguración de las miserias de los hombres en todos los tiempos, particularmente en ‘los tiempos’ latinoamericanos” (“Carlos” 62). No obstante, como también ha indicado Ostria, los personajes de Droguett vienen a encarnar a un Cristo muy ‘humano’, aparentemente despojado de sus atributos divinos. Un Cristo que difiere con el anónimo visitante de *Matar a los viejos*, no así, como veremos, con el querido Pablo, personaje de la novela que es evidentemente figura de Cristo, pero de un Cristo doliente, histórico y chileno.

¹⁵ Recogemos aquí algunas ideas que vierte Bloch en su obra *El ateísmo en el cristianismo*. En este libro el filósofo emprende una particular exégesis bíblica en busca de lo que denomina el excedente cultural utópico de la religión. A su juicio, existiría una permanente corrección atea dentro de la misma tradición religiosa judeocristiana; un hilo rojo subversivo que debemos desenredar para descubrir una paradójica herejía bíblica subterránea. A esta Biblia soterrada, Bloch la denominará la Biblia del éxodo. Tema utópico por excelencia, el éxodo blochiano implicará la

que pudieron concebir un trono celeste pues lo edificaron mucho antes sobre la tierra. Así también, el misterioso vengador viene a sentarse en el trono de los presidentes de Chile desde donde, implacablemente, determinará la matanza de los viejos.

Ahora bien, *Matar a los viejos* se inaugurará, precisamente, con la visión de un juicio en la práctica ya imposible: el juicio y la sentencia de Augusto Pinochet. Ciertamente, podemos leer este castigo individual en el contexto de la visión panorámica y totalizante de un juicio definitivo y universal. En este sentido, siguiendo a Auerbach y sus reflexiones en torno a La Divina Comedia, podría decirse que la suprema justicia o juicio definitivo de la historia chilena servirá a Droguett para dibujar a cada viejo basándose en “una acuñación consciente de la índole terrenal y del lugar especial que le corresponde en el plan divino” (*Mimesis* 184). Pinochet es quien, en las primeras páginas de *Matar a los viejos*, se nos aparece como *el viejo por excelencia* cuya condena, sin duda la más dantesca de la novela, lo ha reducido a la condición de una bestia de andrajoso uniforme que engulle trozos de carne sanguinolentos, al tiempo que mastica los trozos de su vida y de su historia, enjaulado en un sitio especialmente dispuesto para su exhibición en el zoológico del Parque Metropolitano de Santiago: “*No recordaba muchas cosas –nos dice el narrador que lo observa atento tras los barrotes de la jaula– y no le importaba, sólo sabía que estaba vivo, mucho más vivo y exacto que antes*” (Droguett, *Matar* 12; cursivas en el original). Y, ciertamente, en esta aseveración observamos que Droguett se hace eco de las palabras que Auerbach dedica a los personajes que pueblan la Comedia dantesca: “El juicio divino consiste, precisamente, en la perfecta actualización del carácter terreno en el lugar que definitivamente corresponde.” (*Mimesis* 184).

Por supuesto, Pinochet es tan sólo el primer condenado. El desmesurado catastro propiciado por el anónimo visitante de la Moneda, en el que se cuentan torturadores, militares y ex presidentes, no acabará hasta haber exterminado por completo a los viejos. Llegado este momento, los jóvenes podrán advertir, no sin perplejidad, que “ya no hay pobres [...] no hay

rebelde salida del hombre a lo desconocido, del mismo modo en que el pueblo de Israel se atrevió a liberarse del faraón y se lanzó al desierto.

pobres porque ya no hay viejos.”(Droguett, *Matar* 442). Naturalmente, piensan, ha debido ocurrir así: “¿No era, pues, para eso que llegó él a La Moneda, para matar al mismo tiempo a los viejos y a los pobres?” (233). No obstante, pese a que la suprema justicia ha sido ejecutada, veremos persistir el suspenso. Sorprendentemente, el exterminio de los viejos no supone el fin de la historia chilena en la novelística de Droguett.

A nuestro juicio, lo anterior no resulta ser casual. Y es que, claramente, el interés del escritor no se limitaba a componer una fantasía vengadora con objeto de situar a cada cual en su lugar definitivo y más adecuado en el ámbito de aquel intransitivo más allá de la historia. Prueba de ello es que, aún cuando la ciudad ha sido arrasada por las llamas, en momentos en que los viejos han sido exterminados y, por ende, se ha aniquilado la pobreza y la injusticia del mundo, Droguett nos revelará la presencia de ciertos personajes que se han levantado de la tumba y se obstinan en seguir vagando por las calles de Santiago. El presidente Allende y el general René Schneider¹⁶ son algunos de estos personajes que “fueron asesinados, clavados, baleados hasta reventar sólo para eso, para estar más vivos, permanentemente vivos [...] la muerte los hizo inmortales” (279). Justamente, estos personajes no pueden morir pues permanecen amarrados a la memoria viva de los jóvenes, de forma que el recuerdo de sus sacrificios se convierte en punto de partida para la acción:

Por eso tenían que morir él, el general, él, Allende, sacrificados, negados, despedazados, como todo fundador y todo precursor. La sangre es siempre un punto de partida, el mejor de todos, el más profundo, el más temido, el más formidable, y el más indeleble. (305).

Efectivamente, la sangre es punto de partida, como lo es también la muerte. De igual forma, en *Matar a los viejos* la muerte no acaba, verdaderamente, nada. Toda esa larga historia de sangre que, al comparecer ante el juicio supremo, vuelve a cobrar actualidad no muere con los viejos. Ni siquiera los viejos terminan entonces de morir. Que no nos quede la menor duda: los viejos

¹⁶ Comandante en jefe del ejército chileno muerto tras un atentado criminal ocurrido en 1970 y a quien su sucesor, el general Carlos Prats, asesinado también en septiembre de 1974, describiría como un héroe de la paz y un mártir de la democracia.

resucitarán: “¡Pinochet volverá!” –vociferaba, según nos cuenta Gabriel Salazar, un obrero tan agudo como borrachín. Esto ocurría en medio de un acto conmemorativo por los 90 años de la matanza de la escuela Santa María de Iquique, justamente, en momentos en que el grupo Quilapayún interpretaba su famosa Cantata. Sobre aquel obrero y su grito nos comenta el historiador:

Era una voz aislada –aunque tenía un grupo que la secundaba como un “coro”– pero que, sin lugar a dudas, interponía otra forma legítima de recordar: teniendo a la vista el presente y mirando el futuro. (Salazar, “Voluntad” 298).

De forma análoga, los jóvenes de Droguett están llamados a liberar el recuerdo de su encierro intransitivo en el pasado; ante todo, deberán sustraerlo de la efeméride y del ritual estéril para así transformarlo en una poderosa arma para intervenir sobre la realidad. En este sentido, la memoria viva de los jóvenes supone la posibilidad de ejercer una justicia verdaderamente histórica que se contrapone a aquella suprema justicia propugnada por el anónimo visitante entronizado en la Moneda. Ciertamente, si lo que se pretende es eliminar al viejo que nuestra sociedad nos impone, advertiremos que toda aquella fantasía vengadora de la historia teológica a fin de cuentas resulta ser tan inútil como el juicio estatal. Como ha señalado Gabriel Salazar, el juicio estatal juzga criminales y en Chile ya se han juzgado y se siguen juzgando un puñado de militares por los crímenes que perpetraron en contra de la Humanidad. Pero es claro que esto no es suficiente. Ante todo, resulta fundamental juzgar las fuerzas fácticas responsables de haber impuesto (y también administrado)¹⁷ un ordenamiento social que, entre otras tantas injusticias, ha amparado sistemáticamente la acción fratricida de “los viejos”. En otras palabras, no bastará con juzgar al criminal, al dictador, si no se juzga y condena su obra, el sistema que se forjó sobre la

¹⁷ El gobierno de Pinochet –nos dice Salazar (*Del poder* 282)– “completó con éxito una de las maniobras más azarosas para un régimen de facto: lograr que una generación completa de políticos civiles aceptara administrar su obra con ejemplar dedicación y eficiencia. ‘Como si’ esa obra fuera democrática. ‘Como si’ el orden social construido dictatorialmente fuera legítimo y contara con la total adhesión de la ciudadanía. ‘Como si’ la memoria ciudadana hubiera ido a la par con la memoria rígida articulada en la Constitución (dictatorial) del 80. ‘Como si’ esa generación de políticos hubiera, deliberando con la ciudadanía, firmado el ‘pacto social’ que regiría el país en el siglo XXI.

base de sus crímenes. En última instancia, como dirá Salazar, cabe al Tribunal de la Historia juzgar y condenar las fuerzas fácticas que han gobernado a golpes la historia de Chile. “Y el Tribunal de la Historia sólo puede estar compuesto, en extensión y jurisdicción, por la ciudadanía soberana. Y por nadie más.” (Vásquez 21). En otro lugar agregará Salazar:

El Tribunal de la Historia se nutre, en primer lugar, de la auténtica memoria social y de la legítima rebelión cívica. Y se nutre, en segundo lugar, de la cultura solidaria e igualitaria engendrada en el propio vientre del movimiento cívico de rebelión. (*Del poder* 287).

De acuerdo con el historiador, la guerra de las memorias constituye el primer trámite judicial del Tribunal de la Historia. Y en este combate la ciudadanía cuenta con una ventaja estratégica que es, justamente, su memoria viva. Ciertamente es que la memoria social, como memoria del pasado, puede recibir los espolonazos propinados por la memoria oficial, esa ‘función perversa’ tendente a borrar los pecados originales del sistema dictatorialmente impuesto. Sin embargo, la memoria social, como ya se ha dicho, es también memoria del presente y, en tanto tal, es memoria dinámica que no deja de almacenar la indignación y el sufrimiento reinantes. Y es que, como sostiene Salazar, no se puede soslayar la presencia diaria del pasado:

Se puede intentar borrar el pasado, pero no se pueden borrar las penurias y angustias del presente [...]
La memoria del pasado ‘puede’ debilitarse o apaciguarse. Pero la memoria del presente *revive* con la penuria de cada día y los hechos solapados de la violencia sistémica. (*Del poder* 284).

Asimismo, agregará el historiador, la justicia ciudadana se inicia cuando ambas dimensiones de la memoria social, memoria del pasado y memoria del presente, se articulan y sostienen mutuamente, produciendo así una memoria para la acción. En una línea similar, advertimos que en la literatura de Carlos Droguett es el presente lo que está en juego en cada recuerdo recuperado, más precisamente, la transformación urgente del presente en la acción creadora de futuro. De ahí que en su última novela el escritor no se complazca en presentarnos una imagen acabada de la historia chilena en un futuro teórico-teleológico entendido como consumación

definitiva, como clausura supuesta en el supremo juicio decretado por aquel ser omnipotente que ha irrumpido en la Moneda.

No resulta casual, entonces, que en *Matar a los viejos* el escritor reduzca al mínimo el protagonismo del inimaginable “Kyrios Christos”, todo él respuesta y cumplimiento. Antes bien, los jóvenes se sentirán atraídos por un nuevo personaje, por demás excepcional: el querido Pablo, un hombre que no puede morir, que murió tres veces y tres veces resucitó cada vez más imposibilitado, cada vez más marcado, primero mutilado, después ciego, finalmente cojo. Sin lugar a dudas, Pablo se hace heredero del pasado sangriento y de los vencidos de nuestra historia. Pero, asimismo, viene a recordar, con la evidencia de su vida que no puede morir, que ni el hombre ni su pasado están acabados, afirmando, de este modo, la incompletitud de la aspiración humana. Así nos lo dice el querido Pablo: “Por eso estoy aquí [...] por eso me vine a sonreírles a ustedes bajo la lluvia, para que no se olviden primero de mi sonrisa, después de sus sufrimientos” (*Matar* 140).

Y también:

[...] los jóvenes, tenían que ver esto, adivinar mis pensamientos y mis deseos y [...] especialmente mis sucesivas mutilaciones, ahora se las he entregado a ellos como si se tratara de consignas, de programas, de proyectos [...] (146).

El querido Pablo se dedica a recorrer las calles del Santiago de *Matar a los viejos* provisto siempre de sus cicatrices que recuerdan los dolores del pasado. Pero, al mismo tiempo, sus cicatrices, como condecoraciones abiertas al presente, hacen posible que las alternativas del pasado no se esfumen en lo que fue. De ahí que sostengamos que, aun en el escenario apocalíptico de la última novela de Droguett, Pablo trae consigo el recuerdo del pasado incorporado al presente sin dejar nunca de observar el futuro; por eso lleva puesta su sonrisa que reconforta y da esperanza a los jóvenes que se reúnen a su alrededor. Por supuesto, como señala Mauricio Ostria, con su sonrisa Pablo “causaba la felicidad o al menos el alivio a los pobres que

acudían a él como antiguamente a Jesús” (“Carlos” 63). Si bien se trata aquí del Jesús histórico y concreto, también joven, también sufriente. Es por eso que, en un claro contraste con el desconocido vengador de La Moneda, Pablo se presentará a sí mismo como pregunta abierta para una historia todavía no resuelta. Tal como se lo dice a su esposa Cora en la novela de Droguett:

La revolución, pequeña Cora, ¿no es una pregunta? ¿Sócrates no era una pregunta? ¿Jesús no era una pregunta? Si hubiera sido una respuesta, aquí no habría habido primero crímenes e injusticias y después fusilamientos, ahorcamientos e incendios. Y tú, Pablo, ¿qué eres tú, una pregunta, una respuesta? ¿Tú qué crees?, dijo él. (*Matar* 317).

A nuestro juicio, la presencia del querido Pablo en *Matar a los viejos* revela la voluntad del escritor de fijar un cierre narrativo para su proyecto literario –y, al mismo tiempo, una conclusión de la historia chilena– que asegurara una perspectiva abierta a lo incumplido. Significativamente, al escoger este camino Droguett pareciera depositar toda su confianza, como también hiciera Ernst Bloch, “en el éxodo y en el hecho de que en lo humano la última palabra no ha sido aún pronunciada por aquel que viene para vengar la sangre y detenerla; concretamente por el hijo del hombre y no por el gran señor” (cit. en Borghello 65). En efecto, la figura de Pablo se corresponde con la imagen esencialmente incompleta y utópica del Hijo del Hombre que nos describe Bloch. A juicio del filósofo, ella viene a indicar el sentido de un constante éxodo que no es otra cosa que un precipitarse a lo nuevo, a lo todavía por revelar: el rostro más exacto del hombre que está oculto en el hombre mismo.¹⁸

Decíamos anteriormente que la literatura de Droguett pretendía ser el reflejo de nuestra realidad oculta y más exacta: reflejo de lo que vivimos, de lo que no alcanzamos a vivir y de lo que probablemente vivamos cuando logremos formar nuestra propia vida. Precisamente, nuestra realidad histórica y social más exacta (y, por ende, necesariamente incompleta) nos parece semejante a aquel rostro que Pablo se complace en mostrar a los jóvenes: un rostro al que no cabe

¹⁸ El éxodo se afirma como el camino del hombre hacia lo desconocido en el propio hombre: *el homo absconditus*, dirá Bloch, rostro escondido del hombre que es la esperanza del hombre.

tan sólo recordar sino que también hay que enfrentar. Para semblantearlo adecuadamente resulta preciso ensanchar la mirada. No pasar por alto las cicatrices que lo surcan y, al mismo tiempo, no perder de vista la sonrisa. O, como diría Salazar (“Voluntad” 294), a partir de la memoria de los hechos del pasado que duele avanzar hacia los procesos del presente y el futuro que alivian. Vale decir, la memoria del pasado convertida en memoria para la acción. Por supuesto, todavía está pendiente la tarea de *producir* “nuestra realidad más exacta”. Aunque muy propicios son los tiempos para instituir el Tribunal de la Historia donde, sin duda alguna, la literatura de Droguett podrá rendir un valioso testimonio.

Bibliografía

Auerbach, Erich. *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1996.

Auerbach, Erich. *Figura*. Madrid: Editorial Trotta, 1998.

Avaria, Antonio. “Entrevista con Carlos Droguett”. *Árbol de Letras* 1.3 (febrero de 1968): 20-21.

Bianchi, Soledad. “La negación del olvido: hacia una poética de Carlos Droguett”. *Coloquio internacional sobre la obra de Carlos Droguett*. Poitiers: Centre de Recherches Latino-Américaines de l’Université de Poitiers, 1983. 20-31.

Borghello, Ugo. *Ernst Bloch: Ateísmo en el cristianismo*. Madrid: E.M.E.S.A., 1979.

Concha, Jaime. “Los aledaños del compadre”. *Coloquio internacional sobre la obra de Carlos Droguett*. Poitiers: Centre de Recherches Latino-Américaines de l’Université de Poitiers, 1983. 105-138.

Droguett, Carlos. *Los asesinados del Seguro Obrero*. Santiago de Chile: Editorial Ercilla, 1940.

Droguett, Carlos. *Escrito en el aire*. Santiago de Chile: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1972.

Droguett, Carlos. “Realidad chilena y realidad del cuento chileno”. Conférence donnée au colloque sur le conte latino-américain, Sorbonne, Paris, 1980. Dactiloscrito disponible en el Fondo Carlos Droguett [Francia-Poitiers].

<<http://www.edi.mshs.univ-poitiers.fr/ArchivesVirtuelles/catalogue.php>>.

Droguett, Carlos. "Eloy soy yo. Entrevista póstuma a Carlos Droguett". *Punto Final* 378 (1996): 16-21.

Droguett, Carlos. *El compadre*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1998.

Droguett, Carlos. *Matar a los viejos*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2001.

Droguett, Carlos. *Materiales de construcción*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales, 2008.

Droguett, Carlos. *Sobre la ausencia*. Santiago de Chile: Lanzallamas Libros, 2009.

Kermode, Frank. *The Sense of an Ending. Studies in the Theory of Fiction*. New York: Oxford University Press, 1973.

Melis, Antonio. "El evangelio según Carlos Droguett". *Coloquio internacional sobre la obra de Carlos Droguett*. Poitiers: Centre de Recherches Latino-Américaines de l'Université de Poitiers, 1983. 139-152.

Ostria González, Mauricio. "Carlos Droguett: La novela como interpretación histórica". *Acta Literaria* 20 (1995): 56-64.

Ostria González, Mauricio. "La narrativa de Carlos Droguett: una lectura de la (intra)historia de Chile como cristofanía". *Historia, memoria y ficción*. Eds. Moisés Lemlij y Luis Millones. Lima: Bca. Peruana de Psicoanálisis, Seminario Interdisciplinario de Estudios Andinos, 1996. 245-255.

Promis, José. *La novela chilena del último siglo*. Santiago de Chile: La Noria, 1993.

Salazar, Gabriel. "Ciudadanía e historia oral: vida, muerte y resurrección". *Proposiciones* 29 (1982): 1-14.

Salazar, Gabriel. *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*. Santiago de Chile: Ediciones SUR, 1985.

Salazar, Gabriel. "Voluntad política de matar, voluntad social de recordar (a propósito de Santa María de Iquique)". *A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique*. Eds. Pablo Artaza Barrios et al. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 1998.

Salazar, Gabriel. *Estado, legitimidad, ciudadanía*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 1999.

Salazar, Gabriel. "Rol perverso de la 'memoria oficial', función histórica de la 'memoria social': ¿cómo orientar los procesos auto-educativos? (Chile, 1990-2002)". *Apuntes del curso Memoria social: historia social, conflictos en Chile*, Universidad de Chile, 2002.
<http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/salazarvg/salazarvg0034.pdf>.

Salazar, Gabriel. *Construcción de Estado en Chile (1800-1837)*. Santiago de Chile: Sudamericana, 2005.

Salazar, Gabriel. *Del poder constituyente de asalariados e intelectuales: Chile, siglos XX y XXI*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2009.

Vásquez Luncumilla, Héctor, coord. *Una luz sobre la sombra. Detenidos desaparecidos y asesinados de la Pontificia Universidad Católica de Chile*. Santiago de Chile: Colectivo Memoria PUC, 2010.